





Daniel García Lamus

Asesor pedagógico en Proyectos de Educación Sexual con perspectiva de Género. Especialista en Ética. Candidato a Magister en Psicología, Adicciones y Violencia. Universidad Católica de Colombia

El feminismo me cambió la vida

Si, soy feminista, y a muchas personas esto de que un hombre se declare feminista no les resulta suficientemente claro. El feminismo como opción de vida ha estado ligado a las mujeres; obvio, existe una conexión no solamente gramatical sino también subjetiva entre las palabras, mujer = femenino, hombre = masculino; pero, déjenme decirles, no todas las mujeres son feministas; uno y una no nace feminista, uno y una se hace feminista, parafraseando a Simone de Beauvoir, con su célebre frase: “Uno no nace mujer, se hace mujer”.

Yo tampoco nací feminista; fue, ya hace algunos años, cuando sin pensarlo me topé con un libro de una de las mujeres que más sabe de feminismo en este país: Florence Thomas; sus palabras en él escritas, me llegaron, me interpellaron. Y es que *Conversación con un hombre ausente*, libro al que me estoy refiriendo, me llevaba poco a poco al encuentro con una serie de interrogantes que desde mis años de pregrado ni la psicología, ni la pedagogía, ni la ética habían podido responder. El problema por la identidad, la maternidad, la religión, el amor, y por supuesto, la mujer y el hombre, eran esos hitos, que más allá de un orden académico, tenían que ver con mi cotidianidad, con mi vivir de cada día. Creo que, hasta ese momento, ser hombre no representaba para mí más que saberme parte de un colectivo privilegiado en la sociedad. Allí, en medio de esas páginas, lejos de saber que un día estaría trabajando por las mujeres y con las mujeres, aprendí el valor de la escucha, de la intimidad, de los afectos, de la razón y de la ética del amor. Así nace mi feminismo, en medio de las clases de ética humanista que orientaba en un colegio, y mi fuerte interés por la educación sexual de niños y niñas. Luego vinieron los textos y mi pasión por la lectura, y en ésta, autoras como Angeles Mastretta, Doris Lessing, Simone de Beauvoir, Elizabeth Badinter, Luce Irigaray, fueron llenando poco a poco mi biblioteca con sus obras. Luego, reflexiones más profundas con los textos de algunas psicoanalistas feministas como Mabel Burin e Irene Meler, le daban peso a mi opción feminista.

Y este no ha sido un camino fácil; son muchas las alegrías, momentos compartidos con innumerables mujeres, con sus sueños y sus utopías, pero también momentos de incompreensión e intolerancia, incluso por parte de algunas de ellas, que al igual que muchos hombres creen que el feminismo es un movimiento de personas amargadas y aburridas. Sin embargo, cada vez que me encuentro con una mujer que gracias al feminismo ha descubierto que es “sujeta de derechos” - con derechos iguales que el varón-, me lleno de satisfacción y de sentido.

Siempre he sido consciente de que el feminismo es un movimiento y un cuerpo de ideas, primariamente desarrollado por, sobre y para las mujeres. Los hombres jamás podremos saber perfectamente lo que significa ser una mujer, lo cual no quiere decir, en absoluto, que no podamos ponernos en su lugar y comprender sus problemas y dificultades; los hombres feministas (y para ser sincero, conozco muy pocos), somos hombres de una u otra manera reconciliados con nuestra parte femenina, esa que muchas veces desde pequeños nos han querido castrar, robándonos desde muy tierna edad la capacidad de asombrarnos con las pequeñas cosas de la vida, aquellas que las mujeres han contemplado y visto maravilladas durante toda su historia. Por otro lado, por el hecho de que nos auto-denominemos “feministas” -piensan algunos y algunas-, corremos el riesgo de colonizar el feminismo; de meter las narices (como siempre), en un terreno que no nos pertenece, y creer que tenemos todas las respuestas; pretender que sabemos mejor qué es lo que les conviene a las mujeres; qué es lo que ellas quieren y necesitan. Durante estos años de trabajo junto a las mujeres he aprendido que no hay mejor manera de establecer una ética de las relaciones humanas, entre los dos sexos, sino a través de la escucha, esa escucha profunda que permite conectarse con los sentimientos más íntimos del otro, de la otra; escucha que los hombres tuvimos que fingir durante mucho tiempo, asintiendo con la cabeza, murmurando en nuestro interior: *no entiendo nada*.

Sí; durante mucho tiempo los hombres no hemos dejado hablar a las mujeres; creyéndonos dueños de la palabra, creyendo siempre tener la razón, nos hemos perdido de lo mucho que las mujeres tienen para enseñarnos, porque detrás de las palabras de los hombres siempre ha existido autoridad, o mejor, autoritarismo. Por eso, el día que silencé por un momento el patriarca que llevo dentro, y escuché

profundamente a una mujer, me dí cuenta que empezaba a hacerme feminista. Esto lo sé por experiencia, y cuando un hombre, alguno de mis amigos o alguno de los hombres con los que trabajo, me pregunta cómo puede hacerse feminista, les digo: empiecen por escuchar a las mujeres, sin interrumpirlas, sin subestimarlas, preferiblemente mirándolas a los ojos, dejando a un lado esos prejuicios de que quien va a ganar la batalla, o de que quien hable más duro tiene la razón. Creo que en este trabajo de la escucha le debo mucho a mi madre, a ella y a mis hermanas, con quienes siempre he tenido una excelente relación; quizá por eso mismo, porque he sabido escucharlas, porque me enseñaron a callarme cuando ellas tenían la palabra.

En mi trabajo como asesor pedagógico en proyectos de educación sexual con perspectiva de género, me he encontrado con muchas personas que critican mi feminismo; hombres que creen que ser feminista es un sinónimo de debilidad o resentimiento contra ellos mismos; mujeres que piensan que el feminismo ya pasó de moda, como si algún día lo hubiese sido; que ya no vale la pena seguir luchando por la equidad y la igualdad de derechos. Total -piensan muchas mujeres-, los hombres, en una sociedad patriarcal como ésta, siempre ganan. Y no es raro, cuando llego a algún colegio, o a algún lugar a trabajar o a dar una conferencia, oír el susurro de muchos y muchas, en medio del auditorio: “A ver qué tiene de nuevo el feminista éste”. Todavía escucho a muchas personas referirse al feminismo en términos peyorativos y groseros. Si supieran lo equivocadas que están con respecto a sus prejuicios y, por el contrario, lo felices que somos los y las feministas, y lo mucho que le debemos al feminismo y al valor de las primeras mujeres que un día se lo tomaron en serio. Qué lástima por ellos y ellas; muchos se pierden de estar cerca de nosotros y nosotras. Por otro lado, están los que escuchan atentamente y aprenden que el feminismo es un estilo de vida, una opción y como yo lo he dicho en repetidas ocasiones, un código ético vigente para esta sociedad acechada por el dolor, la guerra y la injusticia.

Gran parte de la sociedad se niega a ver que durante decenios las mujeres lucharon por crear su propio movimiento. Y es gracias al feminismo y a la autonomía que consiguieron que se les haya garantizado la posibilidad de defender unos objetivos definidos por ellas mismas y se les haya librado

de la manipulación de aquellas organizaciones dominadas por hombres que nunca han defendido ni han luchado por la equidad de género. Soy feminista, y sigo siendo amigo de mis amigos que no lo son; nunca me he sentido en enemistad con ningún hombre, por machista o patriarcal que sea; he ido por muchos colegios e instituciones educativas, hablando del feminismo y mostrando lo valioso que es para nuestros días; he hablado a cientos de maestros y maestras, a cientos de jóvenes y adolescentes, con quienes trabajo y de quienes he aprendido más de lo que he enseñado; muchos y muchas se han acercado a preguntarme cómo aprender del feminismo, cómo pueden hacerse feministas; muchos y muchas se han acercado a felicitarme por lo que digo y enseño, producto quizá de hablar apasionadamente de algo que cambió mi vida, de algo que atravesó mis entrañas, afectivas e intelectuales. He visto la sonrisa en los labios de muchas personas cuando han oído hablar del feminismo; con alegría, tal vez, han encontrado que es posible vivir de otra manera. Otros se han parado en medio de un taller o una conferencia, dejando la silla vacía, como lo he tenido que ver muchas veces. Otro, o mejor otra, una mujer entrada en años, vació un vaso de agua en mi cara, gritándome: ¡abortista! , en la ciudad de Medellín, en una ocasión que fui a dar una conferencia sobre la eticidad del aborto y la necesidad de la despenalización total de la Interrupción voluntaria del embarazo.

He sido feminista los últimos cinco años de mi vida, y seguiré siéndolo. Creo que todavía tenemos mucho trabajo pendiente. Cuando me autodenomino feminista y cuando me presentan como tal, soy consciente de que la etiqueta “feminista” ha servido para crear un conjunto de identificaciones alternativas a las feminidades tradicionales que han sido muy útiles para ampliar el horizonte de las diferentes formas de ser mujer. He aprendido con ello que no existe la mujer, sino las mujeres; he aprendido que no existe un solo feminismo sino los feminismos y, con esto, diferentes formas de asumirlo y vivirlo. Con el feminismo he aprendido que no existe el hombre sino los hombres; que no hay una única masculinidad, sino muchas masculinidades, muchas maneras de ser y sentirse hombre. Nunca me propuse hacerme feminista, creo que nadie alguna vez se lo ha propuesto. Es algo que llega, es un corpus de ideas y pensamientos que cuando te das cuenta ya han atravesado tu vida.

Como feminista he aprendido la importancia de la convivencia, el reconocimiento de un mundo bisexual habitado por hombres y mujeres, un mundo donde son posibles las sonrisas mutuas; donde el conflicto, lejos de ser una muestra de violencia, es una oportunidad para el cambio y la transformación de la sociedad y de las personas que en ella vivimos. Al feminismo le debo una de las palabras más bonitas que pueden existir: diversidad. Diversidad de hombres y mujeres, diversidad de orientaciones sexuales, diversidad de culturas y religiones, diversidad de colores, pensamientos y filosofías. Con el feminismo he viajado también por el mundo de la incertidumbre, del no saber con claridad si estamos haciendo bien las cosas. Claro, seguramente que las y los feministas también nos hemos equivocado en muchas ocasiones, pero sin duda nos hemos levantado con valor y hemos vuelto a empezar cuantas veces ha sido necesario.

Creo que mi tarea a lo largo de estos años ha sido acompañar, más que enseñar; las y los feministas no creemos tener la solución a todos los problemas de esta sociedad: no. Pero cuando se es feminista surge una responsabilidad social muy grande por la toma de conciencia, o al menos así lo hemos experimentado con todas las mujeres y los pocos hombres, ‘valientes’, diría Florence, que nos acompañan cada miércoles en el “Café con mujeres”, un espacio de tertulia y encuentro con la diversidad, espacio donde circula la voz de las mujeres, y donde cada quince días, al caer de la tarde, y con el grato sabor de un agua aromática, un café, una cerveza o una copa de vino, hablamos de diferentes temáticas que tienen que ver con la vida de las mujeres, y también de los hombres. Allí estamos siempre presentes, Florence, Juanita Barreto y yo, un hombre, en medio de dos mujeres, académicas, feministas, y sobre todo mujeres felices; con ellas, quienes hoy día son mis amigas y compañeras, he aprendido lo feliz que se es siendo feminista. Las personas que asisten al “Café con mujeres”, luego van a sus casas y hogares, a sus trabajos, a sus lugares de estudio y allí reproducen lo que han aprendido; allí donde cada una y cada uno se mueve, van contagiando la valiosa experiencia del feminismo. En otras palabras, nuestro compromiso con el feminismo se manifiesta intentando vivir nuestra cotidianidad de forma respetuosa e igualitaria con las mujeres y los hombres.

Soy feminista y soy hombre, comparto las formas de entender el mundo de las feministas. Aún sigo pensando que las mujeres como colectivo sufren la desigualdad y la discriminación en nuestra sociedad, mientras que los hombres en términos generales nos beneficiamos de formas diversas de poder y privilegios institucionales. Con mi feminismo acompaño también el dolor de mis amigos hombres a quienes, bajo el pretexto de tener que cumplir con el actual modelo dominante de masculinidad o virilidad, se les roba su espontaneidad, su capacidad para ser tiernos, sensibles y comprensivos. Esa masculinidad trasnochada que durante años ha dejado a hijos e hijas sin amor, sin diálogo y sin compañía. Como feminista me duele reconocer lo que ha significado el costo de la masculinidad tradicional: problemas graves de salud, pues muchos hombres prefieren enfermar gravemente y hasta morir, antes que claudicar frente a su modelo de persona fuerte e indolora; sobrexplotación física, conozco a muchos que trabajan quince y hasta dieciocho horas diarias, con tal de seguir manteniendo el estereotipo de hombre proveedor y altamente competitivo; relaciones emocionalmente vacías, carentes de comunicación y caricias previas a una relación sexual, que para ser exitosa -según este imaginario machista-también debe ser penetrativa. Como feminista pienso que los hombres debemos responsabilizarnos de nuestras propias actitudes y comportamientos machistas, no seguirlos escondiendo y justificándolos, como lo he tenido que oír muchas veces, por parte de los hombres con los que trabajo.

¿Qué por qué el feminismo me cambió la vida? Porque creo, y estoy seguro, que hombres y mujeres no deberíamos tener un destino marcado por el hecho de haber nacido biológicamente macho o hembra. Porque creo que somos mucho más de lo que llevamos en medio de nuestras piernas; porque ser hombre o ser mujer ha sido y seguirá siendo un misterio por descubrir. Mi feminismo, y creo que el feminismo masculino en general, es como cualquier otra escala de valores, creencias, pensamientos y actividades políticas. Proviene de profundas experiencias personales, de relaciones con otros y otras que han sido significativas, lealtades particulares, y de compromisos éticos y socialmente humanos. Sí, el feminismo es antes que nada un compromiso político, donde están inmersos

todas las mujeres y también los hombres, porque nosotros también hemos sido víctimas del patriarcado y el sexismo exacerbado.

Como hombre feminista me interesa la construcción de una sociedad igualitaria, equitativa, con justicia de género, una sociedad armoniosa y democrática. Cada día desde mi trabajo, desde el lugar donde habito, busco y construyo esta sociedad diferente. Creo que los pocos hombres feministas que existimos queremos lo mismo que las feministas, un mundo en el que las relaciones en-

tre hombres y mujeres sean pacíficas, equitativas, basadas en la comunicación, la confianza y el disfrute mutuo; un mundo en el que ni las mujeres ni los hombres se vean repatriados en unos modelos de vida rígidos, enfermos y destructivos; un mundo en que las estrictas divisiones de género en masculino y femenino hayan sido reemplazadas por una rica y colorida diversidad de géneros o de maneras de ser, de ver y entender el mundo. Ya no existiría solamente blanco o negro, sino que el gris sería también un color posible para la existencia. Por esto, y por muchas más razones, creo que el feminismo me cambió la vida.



CATÓLICAS POR EL DERECHO A DECIDIR

Somos un movimiento autónomo de personas católicas, comprometidas con la búsqueda de la justicia social y el cambio de patrones culturales y religiosos vigentes en nuestra sociedad.

Promovemos los derechos de las mujeres, especialmente los que se refieren a la sexualidad y a la reproducción humana.

Luchamos por la equidad en las relaciones de género y por la ciudadanía de las mujeres tanto dentro de la sociedad como al interior de las iglesias.

Incidimos social y políticamente en el reconocimiento y el ejercicio pleno de los derechos sexuales y los derechos reproductivos de las mujeres en Colombia y en América Latina, a partir de la ética de los derechos humanos y de la teología feminista.

Información de contacto:
Católicas por el Derecho a Decidir – Colombia
Diagonal 43 bis No. 15 – 71 piso 3
Telefax: (57-1) 3272465
Web: www.cddcolombia.org
Email: cdd_colombia@yahoo.com
Bogotá, D.C.
Colombia.